

De cómo los jóvenes dioses bajaron a Pantellería

Alberto Campo Baeza

(Dedicado a algunos arquitectos del PAVIA-SUMMER COURSE 83)

«¡Y A están aquí! ¡El Gran Circo de la Cultura de la Arquitectura! Con artistas de todo el mundo: los temerarios Archigrams, los Tendenza, bravísimos domadores de leones, los Radicales, famosos contorcionistas, los Five Architects, reencarnación auténtica de los clowns de los años treinta, ... y muchas cosas más.

La feliz banda ambulante da vueltas al mundo incansablemente. Pone su carga en cualquier Congreso o Universidad y desarrolla su espectáculo siempre viejo y siempre nuevo: Ciudades ideales, panaceas universales, consejos paternalistas, ... sin ninguna relación con lo que realmente se construye, pero el Circo es como es: una saludable evasión.

Es muy difícil poder actuar en este espectáculo, a pesar de que de vez en cuando algún artista muere, o el dictado de la moda causa algunas bajas. Se reclutan los nuevos artistas en las Universidades más sofisticadas, donde no se debe malgastar el tiempo en enseñanzas prácticas, porque los alumnos no van a construir casi nada. No es fácil para unos españoles provincianos como nosotros tener un sitio en esta troupe.

Con todo, como vemos cada día más remota la posibilidad de trabajar, trabajar haciendo una arquitectura con la que intervenir realmente en el entorno que nos circunda, nos dedicamos a ensayar saltos y piruetas, esperando que algún día el Gran Circo nos anuncie.»

(Oscar Tusquets. Manifiesto 1977).

Y con la frescura del ensayo, la valentía del salto y la locura de la pirueta, los jóvenes arquitectos hicieron una casa en un espléndido lugar que fue más bello aún, ¡oh difícil consecución!, tras la construcción de aquella bellísima morada.

¿Templo? ¿Morada de dioses? Los jóvenes dioses del Olimpo, no lejos de allí, enterados de la buena nueva, decidieron bajar a Pantellería, para juzgar si los jóvenes arquitectos merecían o no la victoria (Victoria de Pantellería) de la coronación y su consecuente ingreso en el Olimpo.

Y los jóvenes dioses, descendientes de Apolo y de Dionisos, bajaron a Pantellería y se instalaron en el recinto encantado sobre la colina, a la orilla del mar. Y los jóvenes dioses se encontraron muy a gusto allí, y yo con ellos.

Al anoecer, a la blanca luz de la luna blanca bajábamos a las negras aguas que besaban el borde de las rocas. Y la imagen del templo, iluminado, aparecía reflejada fantasmagóricamente sobre las aguas. Al salir el sol, la sacerdotisa de la veste de blanco lino, tocada de amplio sombrero (no se cómo se las arregló para salir en todas las fotos que posteriormente se publicaron) nos iniciaba en fantásticos ritos. Después del primer baño en aquellas aguas que ahora se teñían de azul transparente, subíamos a danzar sobre los lípidos pavimentos sorteando y rodeando las blancas (¿eran-fueron-serán blancas?) columnas. Las flautas sonaban. Cuando al fin agotados, entrábamos al templo de abajo, nos recibía la sacerdotisa de los cortos cabellos y la veste rayada. La mesa del altar, preparada para la ceremonia, atravesaba inusualmente la estancia en diagonal, y la rodeaban unos pequeños siales, obra de algún viejo dios finlandés. Sentados allí, ¡oh dichosa arquitectura! comenzamos a dilucidar sobre la posible, ya evidente desde el principio, coronación de los jóvenes arquitectos.

Raffaello, un dios de Milano, el de los rizados cabellos, expresó cuánto le placía el carácter paradigmático de la solución planteada como situación de arriba-abajo, dentro-fuera, y su recorrido-paseo arquitectónico en el sentido más estricto de esos términos.

Zita, diosa paves, hija de los dioses de Gabbionne consideró lo bien que estaba resuelta la ubicación de las funciones (¡oh mujer, que hasta cuando diosa, mantienes la llama de la función!). Dormir arriba, vivir abajo. Subir para soñar, bajar para hacer reales los sueños.

Remo, el dios trentino, el del corazón de oro, señaló cuán bien le parecía el cómo se producía la intersección de las diferentes tramas estructurales. Los leves giros, dijo, son fantásticos.

Enza, la diosa siciliana, la de la tez morena, alabó insistentemente el sabio tratamiento de la luz a la que se había conseguido dominar. Definió el ambiente logrado como de salada claridad.

Cino, otro pequeño dios milanés, el de la eterna sonrisa y la aguda inteligencia, fue más explícito: indicó cuán excelente era el espacio de estancia concebido como oquedad en la roca, y cómo la acentuación de este efecto con la ruptura del fondo a modo de pozo de luz le parecía acertado, y cómo su enmascaramiento en la fachada adintelada en rítmica serie de columnas repetidas especularmente en el exterior, producían una respuesta perfectamente adecuada. Añadió que la creación de la segunda nueva pieza de dormitorio como tercer elemento diferencial y su situación en un plano intermedio con su correspondiente serie de columnas y las blancas tapas conformadoras de recintos adyacentes, le parecía muy bien dentro de este hábil ejercicio de composición.

Josephus, el dios catalán de la simpatía arrolladora y el pensamiento profundo, desposado con la magdadiosa, hizo una estupenda exposición un poco más dilatada. A su parecer, siempre en plan positivo, los jóvenes arquitectos nos ofrecían aquí un cúmulo de «perversiones» o inversiones estéticas. «Se trata de una vivienda escondida en una ladera, que se expresa en su exterior a modo de ruina. Un espacio de transición, constituido por columnatas y porches, «enmascara» y sirve a la vez de paso entre el medio natural de la isla y la vivienda, formando cuerpo con la ladera rocosa.»

«Existe aquí una cara y un detrás de la casa, lo cual se aprovecha al máximo —hasta sus confines— contraponiendo la arquitectura “casi troglodita” del asentamiento en la ladera con la arquitectura suelta —sueltilísima— de unas columnas aisladas. Sin embargo, la perversión estética se descubre una vez más montada sobre una estructura profunda. Las columnas sueltas, a modo de menhires alineados, se contraponen perfectamente en el sentido más arquitectónico del término “perfecto”, con los espacios interiores casi excavados en la ladera. La plataforma, a modo de Templo a la Fortuna del Imperio Romano —con sus rampas y sus terrazas— no hace más que reforzar la inversión. Las asociaciones serían aquí demasiado fáciles y los comentarios a una perversión ética de la vivienda como templo serían, a la vez, demasiado arriesgados e incómodos. Mejor es observar el experimento.»

POR mi parte, tras este claro discurso, y muy de acuerdo con todo lo dicho por los dioses, me pareció que todo se podría resumir en que la obtención de un resultado tan espléndido, como clara traslación arquitectónica de un buen punto de partida conceptual, realizado además con esa máxima economía de medios, se acercaba tremendamente a esa naturalidad que en el arte arquitectónico es siempre garantía de calidad. Al concluir mi mímica disertación pude oír, sólo yo lo oí, la risa socarrona del viejo dios finlandés.

Finalizados todos los discursos, se pasó a la inmediata coronación, unánime y felizmente decidida, de los jóvenes arquitectos. Las hojas del laurel fueron sustituidas por ramas de misteriosos rosales, y decidieron decimos que se les concedía el don de que en esas coronas en sus cabezas, florecerían todos los años rosas nuevas.

Estos aquelarres con los dioses tuvieron lugar hace ya mucho tiempo arquitectónico. (¿Son diez años mucho tiempo?), cuando estrenamos aquellos templos de Pantellería. Y hoy, apasionante tiempo confusamente claro y afortunadamente plural, al volver a Pantellería (siempre se vuelve a Manderley los que nos acompañan nos preguntan: ¿Es esto una ruina «aprovechada»? ¿Es esto una casa «a medio terminar»? ¿Es esto una construcción mal acabada? En cualquier caso prefiero seguir creyendo, así lo creo, que estos-aquellos templos siguen vivos en su eterna intemporalidad.

¿Fue aquel aquelarre de los jóvenes dioses un sueño? ¿Fueron aquellos juicios acertados? ¿Fue aquella coronación merecida? Por entonces nos apasionó el proyecto. ¿Y hoy? No creo que entonces, mi ahora, nuestros arquitectos pretendieran hacer allí la Gran Arquitectura. El posible juicio hoy, y sin estar presentes los dioses, no tiene el calor, la frescura y la pasión de los juicios que se hacen sobre las obras recientes, donde la parcialidad parece ineludible. ¿Es que es algo malo el ser parcial? ¿No le gusta a usted ser parcial? A mí sí. ¿Qué delicia ser parcial! Lo imparcial vale para los jueces y para título de periódico, pero no para la vida ni para la Arquitectura. La vida y la Arquitectura son, deben serlo siempre, parciales y apasionadas.

Y con esa parcialidad sigo manteniendo los juicios que hice-hicimos con los jóvenes dioses en y sobre Pantellería. Con los matices, además, de que lo que en aquel momento era una obra de juventud, hoy es «opera prima» de unos arquitectos que siguen en la harto difícil brecha.

Por otra parte, aquellos jóvenes arquitectos en edad, afortunadamente lo siguen siendo en su manera de entender la Arquitectura.

Y su pretendida pretensión de ser anunciados en el Gran Circo (y esto no se si será bueno) se ha cumplido. Y no sólo eso. Hoy, apenas pasados unos pocos años, estos arquitectos forman parte de la empresa del Gran Circo y son propietarios de un buen paquete de acciones. ¡Cómo cambian los tiempos en poco tiempo!

EN cualquier caso yo prefiero seguir creyendo, así lo creo, que los dioses, los jóvenes dioses bajaron a Pantellería.

Y las rosas han florecido sobre las cabezas de los jóvenes arquitectos. ¿Deberé volver otra vez a Pantellería para reunirme con ellos a la blanca luz de la luna blanca? □